

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite a la suscrita franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian-75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripción.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripción por trimetre.

¡SOMOS ASÍ!

I.

Cuando las flores se abren sobre sus tallos al suave céfiro de la mañana, su perfume es incienso de adoración; pero cuando el sol se hunde en Occidente, aquel incienso es de gratitud hacia la mano que suele refrescarlas: el sol que vino á darlas vida, pudiera también agostarlas sin la mano benéfica que suaviza con el riego el efecto de los ardores de todo un día: las flores viven del cariño, por eso le simbolizan.

Las florecillas que en pintados tiestos se mecen en los balcones de María, la bella huérfana, suspiran porque la mano de su bienhechora venga á regarlas. Son las seis de la tarde.....

Un gallardo mancebo, forastero en la ciudad, pasea las calles de la misma, y como la hora es de suyo harto poética, su alma soñadora está predispuesta á imaginar, en donde solo existen realidades.

No sabemos porqué, cierto vago anhelo del alma, le atormenta en aquella tarde mas que en otra alguna: pura casualidad ó que su hora había llegado.

Fijase en la casa de María, sobre todo en aquellas flores que dan á su modesto balcón agradable encanto. Parece que el balcón y las flores retratan el alma de la que allí mora: apariencia modesta como la arquitectura y extension del primero, fondo de belleza como las segundas.

— Oh! — se dijo el forastero, á quien llamaremos Enrique. — Ella debe de ser jóven y bella, y su corazón se revela en ese gusto por las flores.

Un balcón con estas y una jóven habitadora de la casa y amante de las mismas, es cosa sobrado comun; pero Enrique, predispuesto como se ha dicho, á soñar aquella tarde, halló tan significativa elocuencia en todo ello, que estuvo muy lejos de imaginar lo que era: que su hora había llegado.

Y cuando salió María, regadera en mano, y se puso á refrescar á las hijas de Mayo, la encontró mas bella de lo que la había imaginado.

Quedóse como extático en la contemplacion de lo que habría visto tantas veces en su vida sin parar mientes, y las florecillas, que le vieron, parece que comenzaron á decir á María.

— Héle allí! héle allí! que te mira y que te ama.

Y como la hora era llegada para Enrique, al fijar sus ojos en los de la bella María, hubo de encontrarlos el mancebo tan hermosos, que les rindió su corazón y su albedrío.

Aquella noche las florecillas contaron á la Luna lo que había pasado, y á los pocos días la refirieron también por medio del céfiro nocturno, de cómo Enrique y María se amaban y de cómo, previo el consentimiento

de la anciana tia, única guarda y parentela de la jóven, iban á casarse.

Verdad es que las pobrecitas flores se quejaron del abandono en que aquella las tenía con los amores y preparativos de la boda, pues ya no solo eran escasas sus caricias, sino que solía regarlas fuera de hora y hasta se olvidó de ello alguna tarde! Ella, en otro tiempo tan solícita! Se ve pues que no nacía de puros celos la queja de las hijas de Mayo, sino que su lamento era de abandono también y harto fundado!

II.

Pues, señor, se casaron. Y el último día de la primera luna, que era la de miel, vino María á casa de la anciana; y como la miel había pasado, recordó que en otro tiempo tenía en su balcón algunas flores y fué á verlas.....

Pero como aquella luna, aunque de miel para María, había sido Agosto para las flores, se llevó su último aliento, la última gota de su sávia: eran ya hojas secas!

— Pero, tia — exclamó la jóven — ¿porqué no las habeis regado durante mi ausencia?

— Pregúntalo al reumatismo que me veda el movimiento.

— Pero.....

— Si, confía la lozanía á la vejez, y encontrarás vejez donde dejaste lozanía.

La jóven derramó una lágrima sobre aquellos marchitos tallos; pero no pudo hacerlos revivir. Aquellas flores habían sido en otro tiempo las depositarias de sus confidencias y suspiros, la causa de que Enrique se hubiese fijado en su belleza.....

Vamos: fué ingrata y negligente; pero.... ¡somos así!

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

LOS ÁRCADES.

La Academia de los Arcades fué fundada en Roma en 1,690 bajo la forma de una república democrática; sus individuos se pusieron nombres pastorales tomados de diversos lugares de la antigua Grecia, cuyos terrenos se suponían encomendados á su cultivo.

El objeto de esta sociedad era depurar la literatura italiana de los absurdos y extravagancias que hacía un siglo la desfiguraban. En la actualidad se halla casi disuelta y olvidada: hace cincuenta años existía aún, si bien estaba ya dividida en casi tantas colonias como ciudades hay en Italia.

Cuando se estableció la Academia de los Arcades no tenía un sitio determinado para celebrar sus sesiones literarias; así es que durante mucho tiempo anduvo errante. Al principio tuvo sus sesiones en el monte Ja-

nículo; poco despues se trasladó al monte Esquilino. Obligados los académicos á buscar local mas ámplio para el inmenso público que concurria en tropel á sus sesiones, se trasladaron en 1,691 al jardin del palacio en que habia vivido la célebre Cristina de Suecia (*). Dos años despues obtuvieron de Rancio II duque de Parma, el permiso necesario para ir á celebrar sus sesiones á los jardines de Farnesio.

Hasta entónces los Arcades, conservando toda la sencillez propia de las costumbres pastorales, no habian tenido mas asiento que la yerba ó la piedra; el duque de Parma mandó construir para esta Academia un teatro campestre en el cual tuvieron sus ejercicios por espacio de seis años, hasta que necesitados de otro local, el duque Salviati les ofreció su jardin; y ya creian haber encontrado un lugar seguro, cuando la muerte del duque vino á privarles de su mansion poética. Entónces el príncipe Justiniani les dió acogida. Por último, en 1,707 Francisco Maria Ruspoli, príncipe de Cerveteri los llevó al monte Aventino, en cuya cumbre habia mandado construir para esto un bellísimo edificio en forma de anfiteatro.

Habiendo sido consultado el célebre Guavina, que era uno de los académicos principales, acerca del sentido de una de las leyes de la sociedad, que él mismo habia dictado, y no habiendo querido apoyar su contestacion la mayor parte de sus colegas, Guavina por permanecer fiel á la ley, se separó de los que, segun él, la habian conculcado. Algunos Arcades que le eran deudores del gusto literario que poseian, siguieron su bandera, y aunque entre todos no componian número respetable, tuvieron la pretension de representar á toda la Academia en cuerpo; afortunadamente, á instancias del Cardenal Corsini, la minoría renunció á sus dichas pretensiones, abandonó el nombre que habia tomado de *Nueva Arcadia*, y prometió no reunirse en lo sucesivo mas que con la denominacion de *Academia quirinal*.

Por lo demas, la sociedad de los Arcades, establecida para purificar la poesia italiana, faltó completamente á su instituto. Los Arcades no hicieron mas que perpetuar el gusto del estilo conceptuoso de la poesia bucólica y de todas las demas frivolidades literarias que por tanto tiempo dominaron la Italia.

El ilustre Arnaud, que tan bien ha descrito la vida de esta corporacion, dice al terminar su historia. Un filósofo griego comparaba los atenienses de su época con esos instrumentos de música en los que nada queda si se les quita la lengüeta (lo que se llama vulgarmente la caña); hay pocos miembros de la Arcadia á quien no pueda aplicarse con toda exactitud esta comparacion."

EL EGOISMO.

APÓLOGO A....

Sepárate imprudente;
una mosca, á otra mosca le decía,
¿no ves que tu peligro es inminente?
¿Qué hirviente está esa leche todavía,
y si acaso resbalas,
perderás vida, sino pierdes alas?
Y mientras tanto, ella,
cual ninguna golosa,
se acercaba á la leche apetitosa,
pues su oficiosa charla
no tenía otro objeto que alejarla
y guardar para sí, la copa entera
sin dar nada á su incauta compañera,
que escuchando el consejo, sin ruidos
se alejó dando vuelos y zumbidos,

(*) De aquí sin duda tomó pié la suposicion ó aserto que se ha mantenido por algunos, de que aquella reina fué la fundadora de la referida Academia.

miéntras la otra, alegre, sonriente,
se acercó de la copa á la vertiente
y arrastrada del vértigo, se inclina
á catar la sabrosa golosina.
La bebe á su sabor y ¡con qué gusto!
Dá un vuelco de placer; recibe un susto
con no sé qué rumor y... ¡Oh! mala suerte!
en la leche se ahogó — sublime muerte.
El resultado crúel del egoismo
en las moscas y gentes, es el mismo:

FIDELA M. DE R.

EXTRACTO DE LA DIVINA COMEDIA.

[CONCLUSION.]

Llega Dante al Parniso, guiado por Beatriz, la belleza inefable, y previa su purificacion en el Purgatorio. Con sus impresiones, con la descripcion de aquel lugar de bienandanza y con algunas cuestiones teológicas que ofrece ante la celeste sabiduría de Beatriz, ocupa la tercera parte de su famosa trilogía ó poema.

Su Paraíso está imaginado segun los conocimientos astronómicos de su tiempo, y situado fuera de la Tierra en las esferas de nuestro sistema planetario. Estas son, segun él, nueve, todas movidas y comprendidas por el Empíreo, á saber: la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, Géminis ó el cielo estrellado, el primer móvil. La Luna está habitada por las almas de aquellos que vivieron en la virtud, pero á quienes la fuerza de los casos obligó á violar el voto de virginidad: la segunda esfera por las almas de los que hicieron el bien, pero solo por deseo de fama. La amistad y el amor encuentran su premio en Venus. Los teólogos, los doctores y padres de la Iglesia moran y se deleitan en el Sol. En Marte están los que militaron por la fé, los soberanos en Júpiter, y en Saturno los que vivieron en la contemplacion. Los mayores santos, que forman la corte celestial, habitan las dos esferas mas sublimes. El Rey del mundo desde lo alto de su trono inmóvil, circundado por los nueve coros de los ángeles que hacen resonar el Universo con la gloria del Creador, con solo mostrarse, comunica su felicidad á todos los moradores de los cielos y con solo su querer mueve todas las esferas.

Cuanto mas se sube, mas cerca se está de la Divinidad y por lo tanto es mayor la bienaventuranza. Beatriz, primera razon y guia del Dante en este gran viaje al través de las esferas, no dejaba de ser el objeto de su contemplacion. Su belleza se acrecentaba en cada nueva ascension, y al fin unida al supremo grado, goza en el trono que sus méritos le habian granjeado. El poeta la admira coronada de los rayos divinos, le tributa gracias por lo que ha hecho y hace por él é impetra el alto favor de fijar sus ojos en el Eterno. Todo su espíritu está absorto en la contemplacion de los misterios que no le es dado comprender y de la belleza que no sabría describir; y aquí se oculta ó desvanece vision tan admirable.

All' alta fantasia qui mancó possa:
ma già volgeva il mio disiro e 'l vello,
sí come ruota che igualmente è mossa,
l' amor che muove il sole e l' altre stelle.

"La fuerza faltó aquí á mi alta imaginacion; ya mi deseo y mi voluntad, como dos ruedas que giran de una manera igual, estaban movidos por el amor, por aquel amor que mueve el sol y las demas estrellas."

A. T. y R.

ENTO DE EDGARDO POE.

*La verdad de lo ocurrido
con el Señor de Valdemar.*

El extraordinario caso del Sr. Valdemar haya sido, no tiene en verdad nada de extraño: ha sido que así no sucediera, sobre todo en ciertas circunstancias. El deseo de las partes de tener secreto este asunto, por ahora al menos, que se presentara oportunidad de hacer una investigación, y los esfuerzos que para ello se han hecho, han dado lugar á que se publique una relacion truncada y exaltando el asunto bajo los colores mas desagradables, ha llegado á ser origen de un gran descrédito.

Es pues, ya necesario que yo refiera los hechos tales al menos como puedo comprenderlos; en resumen son estos:

De tres años á esta parte me habia llamado muchas veces la atencion el estudio del magnetismo, y haré cosa de nueve meses que repentinamente me ocurrió la idea de que en la serie de experimentos hasta entonces practicados, habia un vacío muy notable, y era que á nadie se habia magnetizado *in articulo mortis*. Faltaba saber: primero, si en tal estado tiene el paciente alguna susceptibilidad para recibir el influjo magnético; segundo, si en caso de que así sea, se encuentra aumentada ó disminuida por esa circunstancia, y tercero, hasta qué punto y por cuanto tiempo podría la operacion detener la invasion de la muerte. Otros muchos puntos habia que comprobar; pero estos eran los que mas excitaban mi curiosidad, sobre todo el último, por la inmensa trascendencia de sus resultados.

Buscando en derredor un sujeto por medio del cual pudiera aclarar estas dudas, llegué á pensar en mi amigo, Ernesto Valdemar, compilador bien conocido de la *Biblioteca forense*, y autor (bajo el pseudónimo de Issachar Marx) de las traducciones polacas del Wellenstein y el Gargantua — Valdemar, que generalmente residia en Harlem (Nueva-York) desde el año 1839, es ó era muy notable por la excesiva flaqueza de su cuerpo, por sus piernas que se asemejaban mucho á las de Juan Ranz, y por la blancura de sus patillas que contrastaba con su cabellera negra haciendo creer á todo el mundo que llevaba peluca. Su temperamento era sumamente nervioso, y esto le hacia muy apropiado para los experimentos magnéticos. En dos ó tres ocasiones le habia hecho dormir sin gran dificultad, pero me encontré chasqueado en los demas resultados que su constitucion particular me habia hecho esperar. Jamás se sometia positivamente á mi influencia, y en cuanto á la lucidez, jamás conseguí hacer con él cosa de provecho: siempre atribuía yo esto al desarreglo de su salud, pues algunos meses antes de que le tratara, ya los médicos le habian declarado que padecía una tisis pulmonar bien caracterizada, y él se habia acostumbrado á hablar de su próximo fin con la mayor sangre fria, como una cosa que ni puede ni debe sentirse.

Cuando las ideas de que he hablado me ocurrieron por vez primera, era natural que pensara en Valdemar, pues conocia muy bien la sólida filosofia de este hombre para no tener escrúpulos por su parte, y no tenia parientes en América que pudieran entrometerse en el asunto; le hablé pues con la mayor franqueza, y con gran sorpresa mia vi que tomó la cosa con el mas vivo interés. Y digo con sorpresa, porque aunque siempre se habia prestado con la mayor bondad á mis experimentos, nunca habia mostrado simpatía hacia esa clase de estudios. Como su enfermedad era de las que admiten un cálculo exacto respecto á la época de su desenlace, convinimos, por último, en que me avisaría veinte y cuatro horas antes del término que los médicos señalaran á su vida, y con efecto hace ahora mas de siete meses que recibí del mismo Valdemar la siguiente esquela.

Querido P. — Puede U. venir ya: D... y F... están conformes en que no pasará de mañana á media noche, y creo que si no aciertan les faltará bien poco.
Valdemar.

Á la media hora de escrita, llegó á mis manos esta esquela, y quince minutos despues estaba yo en la alcoba del moribundo. Hacía diez dias que no le veia, y me quedé aterrado al ver la alteracion que en este intervalo habia sufrido. Tenia su rostro un color plomizo: sus ojos estaban completamente apagados y el enfraquecimiento era tan notable, que sus pómulos habian quebrado la piel: la expectoracion era excesiva y apenas perceptible el pulso; pero sin embargo, conservaba de una manera muy singular todas sus facultades mentales y alguna fuerza fisica. Hablaba claramente, tomaba por sí solo algunas preparaciones calmantes, y cuando entré en su cuarto le vi ocupado en escribir algunas notas en su agenda. Estaba sostenido en la cama por una porcion de almohadas, y los doctores D... y F... le prodigaban sus auxilios.

Despues de estrechar la mano al Sr. de Valdemar, llamé aparte á aquellos señores, rogándoles me explicaran minuciosamente cual era el estado del enfermo: me digeron que hacia diez y ocho meses que el pulmon izquierdo se hallaba en un estado semihuesoso ó cartilaginoso, y por consiguiente completamente inútil para toda funcion vital: el derecho se habia osificado tambien por su region superior, si no por completo, cuando menos en parte, mientras que la inferior se hallaba ya convertida en una masa de tubérculos reblandecidos que se mezclaban unos con otros: habia ademas varias cavernas profundas, y aun en algun punto se habia establecido adherencia con las costillas. Estos fenómenos del pulmon derecho eran mas recientes que los del otro: la osificacion habia marchado con desusada é insólita rapidez, puesto que un mes antes no se descubria ningun síntoma de ella, y la adherencia solo se habia notado tres dias antes. Ademas de la tisis se sospechaba la existencia de aneurisma de la aorta, pero la osificacion no dejaba formar un diagnóstico exacto acerca de este punto.

Ambos médicos opinaban que Valdemar moriria al día siguiente domingo, á cosa de media noche: eran las siete de la tarde.

Al salir de la alcoba del moribundo para hablar conmigo los doctores D... y F... le habian dado el supremo adios, pues no tenían intencion de volver mas; pero á mis ruegos consintieron en hacerle otra visita á las diez de la noche.

En cuanto se fueron, hablé libremente con Valdemar de su próxima muerte, y mas particularmente del experimento que nos habiamos propuesto hacer. El se mostró de la mejor voluntad, y aun manifestó vivo deseo de que se hiciera el dicho experimento rogándome lo comenzara desde luego. Habia allí para cuidarle un criado y una criada, pero no me atreví á emprender tan grave tarea, sin otros testigos mas fidedignos para el caso en que ocurriera un accidente repentino: aplacé, pues la operacion para las ocho, cuando la llegada de un estudiante de medicina que yo conocia, Teodoro L... vino á sacarme del apuro. Aunque habia resuelto aguardar á los médicos, tuve que comenzar desde luego, tanto por las instancias de Valdemar, como por la conviccion de que no habia un instante que perder, pues se veia claramente que el enfermo se nos iba.

L... tuvo la bondad de acceder á mi deseo de que tomara notas de todo lo que fuera pasando, y del acta que hizo es de donde saqué testualmente esta relacion, pues cuando no la extracto la copio á la letra.

Serian las ocho menos cinco cuando tomando la mano del paciente, le rogué que confirmara á L... lo mas claramente que pudiera, como deseaba realmente que yo hiciera con él un experimento magnético en tales condiciones. Con voz débil, pero clara, dijo: "si deseo ser magnetizado", y añadió en seguida, "temo que lo hayais dilatado demasiado."

nículo; poco después se trasladó al monte Esquilino. Obligados los académicos á buscar local mas ámplio para el inmenso público que concurría en tropel á sus sesiones, se trasladaron en 1,691 al jardín del palacio en que había vivido la célebre Cristina de Suecia (*). Dos años después obtuvieron de Ranucio II duque de Parma, el permiso necesario para ir á celebrar sus sesiones á los jardines de Farnesio.

Hasta entónces los Arcades, conservando toda la sencillez propia de las costumbres pastorales, no habían tenido mas asiento que la yerba ó la piedra; el duque de Parma mandó construir para esta Academia un teatro campestre en el cual tuvieron sus ejercicios por espacio de seis años, hasta que necesitados de otro local, el duque Salviati les ofreció su jardín; y ya creían haber encontrado un lugar seguro, cuando la muerte del duque vino á privarles de su mansion poética. Entónces el príncipe Justiniani les dió acogida. Por último, en 1,707 Francisco Maria Ruspoli, príncipe de Cerveteri los llevó al monte Aventino, en cuya cumbre había mandado construir para esto un bellissimo edificio en forma de anfiteatro.

Habiendo sido consultado el célebre Guavina, que era uno de los académicos principales, acerca del sentido de una de las leyes de la sociedad, que él mismo había dictado, y no habiendo querido apoyar su contestación la mayor parte de sus colegas, Guavina por permanecer fiel á la ley, se separó de los que, según él, la habían conculcado. Algunos Arcades que le eran deudores del gusto literario que poseían, siguieron su bandera, y aunque entre todos no componían número respetable, tuvieron la pretension de representar á toda la Academia en cuerpo; afortunadamente, á instancias del Cardenal Corsini, la minoría renunció á sus dichas pretensiones, abandonó el nombre que había tomado de *Nueva Arcadia*, y prometió no reunirse en lo sucesivo mas que con la denominación de *Academia quirinal*.

Por lo demás, la sociedad de los Arcades, establecida para purificar la poesia italiana, faltó completamente á su instituto. Los Arcades no hicieron mas que perpetuar el gusto del estilo conceptuoso de la poesia bucólica y de todas las demás frivolidades literarias que por tanto tiempo dominaron la Italia.

El ilustre Arnauld, que tan bien ha descrito la vida de esta corporacion, dice al terminar su historia. Un filósofo griego comparaba los atenienses de su época con esos instrumentos de música en los que nada queda si se les quita la lengüeta (lo que se llama vulgarmente la caña); hay pocos miembros de la Arcadia á quien no pueda aplicarse con toda exactitud esta comparación."

EL EGOISMO.

APÓLOGO A....

Séparate imprudente;
una mosca, á otra mosca le decía,
¿no ves que tu peligro es inminente?
¿Qué hirviente está esa leche todavía,
y si acaso resbalas,
perderás vida, sino pierdes alas?
Y mientras tanto, ella,
cual ninguna golosa,
se acercaba á la leche apetitosa,
pues su oficiosa charla
no tenía otro objeto que alejarla
y guardar para sí, la copa entera
sin dar nada á su incauta compañera,
que escuchando el consejo, sin ruidos
se alejó dando vuelos y zumbidos,

(*) De aquí sin duda tomó pie la suposición ó aserto que se ha mantenido por algunos, de que aquella reina fué la fundadora de la referida Academia.

miéntras la otra, alegre, sonríe
se acercó de la copa á la vertice
y arrastrada del vértigo, se inclinó
á catar la sabrosa golosina.
La bebe á su sabor y ¡con qué
Dá un vuelco de placer; reo
con no sé qué rumor y... ¡
en la leche se ahogó—su
El resultado cruel del ego
en las moscas y gentes,

EXTRACTO DE LA DIVINA COMEDIA.

[CONCLUSION.]

Llega Dante al Paraíso, guiado por Beatriz, la belleza inefable, y previa su purificación en el Purgatorio. Con sus impresiones, con la descripción de aquel lugar de bienandanza y con algunas cuestiones teológicas que ofrece ante la celeste sabiduría de Beatriz, ocupa la tercera parte de su famosa trilogía ó poema.

Su Paraíso está imaginado según los conocimientos astronómicos de su tiempo, y situado fuera de la Tierra en las esferas de nuestro sistema planetario. Estas son, según él, nueve, todas movidas y comprendidas por el Empíreo, á saber: la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, Géminis ó el cielo estrellado, el primer móvil. La Luna está habitada por las almas de aquellos que vivieron en la virtud, pero á quienes la fuerza de los casos obligó á violar el voto de virginidad: la segunda esfera por las almas de los que hicieron el bien, pero solo por deseo de fama. La amistad y el amor encuentran su premio en Venus. Los teólogos, los doctores y padres de la Iglesia moran y se deleitan en el Sol. En Marte están los que militaron por la fé, los soberanos en Júpiter, y en Saturno los que vivieron en la contemplación. Los mayores santos, que forman la corte celestial, habitan las dos esferas mas sublimes. El Rey del mundo desde lo alto de su trono inmóvil, circundado por los nueve coros de los ángeles que hacen resonar el Universo con la gloria del Creador, con solo mostrarse, comunica su felicidad á todos los moradores de los cielos y con solo su querer mueve todas las esferas.

Cuanto mas se sube, mas cerca se está de la Divinidad y por lo tanto es mayor la bienaventuranza. Beatriz, primera razon y guia del Dante en este gran viaje al través de las esferas, no dejaba de ser el objeto de su contemplación. Su belleza se acrecentaba en cada nueva ascension, y al fin unida al supremo grado, goza en el trono que sus méritos le habían granjeado. El poeta la admira coronada de los rayos divinos, le tributa gracias por lo que ha hecho y hace por él é impetra el alto favor de fijar sus ojos en el Eterno. Todo su espíritu está absorto en la contemplación de los misterios que no le es dado comprender y de la belleza que no sabría describir; y aquí se oculta ó desvanece vision tan admirable.

All' alta fantasia qui mancó possa:
ma già volgeva il mio disiro e 'l velle,
sí come ruota che igualmente è mossa,
l' amor che muove il sole e l' altre stelle.

"La fuerza faltó aquí á mi alta imaginación; ya mi deseo y mi voluntad, como dos ruedas que giran de una manera igual, estaban movidos por el amor, por aquel amor que mueve el sol y las demás estrellas."

A. T. y R.

CUENTO DE EDGARDO POE.

*La verdad de lo ocurrido
con el Señor de Valdemar.*

Que el extraordinario caso del Sr. Valdemar haya suscitado discusion, no tiene en verdad nada de extraño: milagro hubiera sido que así no sucediera, sobre todo en las presentes circunstancias. El deseo de las partes interesadas, de tener secreto este asunto, por ahora al menos, y en tanto que se presentara oportunidad de hacer una nueva investigacion, y los esfuerzos que para conseguirlo hemos hecho, han dado lugar á que se propague por el público una relacion truncada y exagerada que presentando el asunto bajo los colores mas falsos y desagradables, ha llegado á ser origen de un gran descrédito.

Es pues, ya necesario que yo refiera los hechos tales al menos como puedo comprenderlos; en resumen son estos:

De tres años á esta parte me había llamado muchas veces la atencion el estudio del magnetismo, y haré cosa de nueve meses que repentinamente me ocurrió la idea de que en la serie de experimentos hasta entónces practicados, había un vacío muy notable, y era que á nadie se había magnetizado *in articulo mortis*. Faltaba saber: primero, si en tal estado tiene el paciente alguna susceptibilidad para recibir el influjo magnético; segundo, si en caso de que así sea, se encuentra aumentada ó disminuida por esa circunstancia, y tercero, hasta qué punto y por cuanto tiempo podría la operacion detener la invasion de la muerte. Otros muchos puntos había que comprobar; pero estos eran los que mas excitaban mi curiosidad, sobre todo el último, por la inmensa trascendencia de sus resultados.

Buscando en derredor un sujeto por medio del cual pudiera aclarar estas dudas, llegué á pensar en mi amigo, Ernesto Valdemar, compilador bien conocido de la *Biblioteca forense*, y autor (bajo el pseudónimo de Issachar Marx) de las traducciones polacas del Wellenstein y el Gargantua — Valdemar, que generalmente residía en Harlem (Nueva-York) desde el año 1839, es ó era muy notable por la excesiva flaqueza de su cuerpo, por sus piernas que se asemejaban mucho á las de Juan Randolph, y por la blancura de sus patillas que contrastaba con su cabellera negra haciendo creer á todo el mundo que llevaba peluca. Su temperamento era sumamente nervioso, y esto le hacía muy apropiado para los experimentos magnéticos. En dos ó tres ocasiones le había hecho dormir sin gran dificultad, pero me encontré chasqueado en los demas resultados que su constitucion particular me había hecho esperar. Jamás se sometía positiva y completamente á mi influencia, y en cuanto á la lucidez, jamás conseguí hacer con él cosa de provecho: siempre atribuía yo esto al desarreglo de su salud, pues algunos meses antes de que le tratara, ya los médicos le habían declarado que padecía una tisis pulmonar bien caracterizada, y él se había acostumbrado á hablar de su próximo fin con la mayor sangre fria, como una cosa que ni puede ni debe sentirse.

Cuando las ideas de que he hablado me ocurrieron por vez primera, era natural que pensara en Valdemar, pues conocía muy bien la sólida filosofia de este hombre para no tener escrúpulos por su parte, y no tenía pacientes en América que pudieran entrometerse en el asunto; le hablé pues con la mayor franqueza, y con gran sorpresa mía ví que tomó la cosa con el mas vivo interés. Y digo con sorpresa, porque aunque siempre se había prestado con la mayor bondad á mis experimentos, nunca había mostrado simpatía hacia esa clase de estudios. Como su enfermedad era de las que admiten un cálculo exacto respecto á la época de su desenlace, convinimos, por último, en que me avisaría viente y cuatro horas ántes del término que los médicos señalaran á su vida, y con efecto hace ahora mas de siete meses que recibí del mismo Valdemar la siguiente esquela.

Querido P. — Puede U. venir ya: D.... y F.... están conformes en que no pasará de mañana á media noche, y creo que si no aciertan les faltará bien poco.

Valdemar.

Á la media hora de escrita, llegó á mis manos esta esquela, y quince minutos despues estaba yo en la alcoba del moribundo. Hacía diez dias que no le veía, y me quedé aterrado al ver la alteracion que en este intervalo había sufrido. Tenía su rostro un color plomizo: sus ojos estaban completamente apagados y el enflaquecimiento era tan notable, que sus pómulos habían quebrado la piel: la expectoracion era excesiva y apenas perceptible el pulso; pero sin embargo, conservaba de una manera muy singular todas sus facultades mentales y alguna fuerza física. Hablaba claramente, tomaba por sí solo algunas preparaciones calmantes, y cuando entré en su cuarto le ví ocupado en escribir algunas notas en su agenda. Estaba sostenido en la cama por una porcion de almohadas, y los doctores D... y F... le prodigaban sus auxilios.

Despues de estrechar la mano al Sr. de Valdemar, llamé aparte á aquellos señores, rogándoles me explicaran minuciosamente cual era el estado del enfermo: me digeron que hacía diez y ocho meses que el pulmon izquierdo se hallaba en un estado semihuesoso ó cartilaginoso, y por consiguiente completamente inútil para toda funcion vital: el derecho se había osificado tambien por su region superior, si no por completo, cuando menos en parte, mientras que la inferior se hallaba ya convertida en una masa de tubérculos reblandecidos que se mezclaban unos con otros: había ademas varias cavernas profundas, y aun en algun punto se había establecido adherencia con las costillas. Estos fenómenos del pulmon derecho eran mas recientes que los del otro: la osificacion había marchado con desusada é insólita rapidez, puesto que un mes ántes no se descubría ningún sintoma de ella, y la adherencia solo se había notado tres dias ántes. Ademas de la tisis se sospechaba la existencia de aneurisma de la aorta, pero la osificacion no dejaba formar un diagnóstico exacto acerca de este punto.

Ambos médicos opinaban que Valdemar moriría al dia siguiente domingo, á cosa de media noche: eran las siete de la tarde.

Al salir de la alcoba del moribundo para hablar conmigo los doctores D.... y F.... le habían dado el supremo adios, pues no tenían intencion de volver mas; pero á mis ruegos consintieron en hacerle otra visita á las diez de la noche.

En cuanto se fueron, hablé libremente con Valdemar de su próxima muerte, y mas particularmente del experimento que nos habíamos propuesto hacer. El se mostró de la mejor voluntad, y aun manifestó vivo deseo de que se hiciera el dicho experimento rogándome lo comenzara desde luego. Había allí para cuidarle un criado y una criada, pero no me atreví á emprender tan grave tarea, sin otros testigos mas fidedignos para el caso en que ocurriera un accidente repentino: aplacé, pues la operacion para las ocho, cuando la llegada de un estudiante de medicina que yo conocía, Teodoro L... vino á sacarme del apuro. Aunque había resuelto aguardar á los médicos, tuve que comenzar desde luego, tanto por las instancias de Valdemar, como por la conviccion de que no había un instante que perder, pues se veía claramente que el enfermo se nos iba.

L..... tuvo la bondad de acceder á mi deseo de que tomara notas de todo lo que fuera pasando, y del acta que hizo es de donde saco testualmente esta relacion, pues cuando no la extracto la copio á la letra.

Serian las ocho menos cinco cuando tomando la mano del paciente, le rogué que confirmara á L..... lo mas claramente que pudiera, como deseaba realmente que yo hiciera con él un experimento magnético en tales condiciones. Con voz débil, pero clara, dijo: "si de seo ser magnetizado", y añadió en seguida, "temo que lo hayais dilatado demasiado."

Mientras hablaba, había principiado yo á darle las *pasas* (*) que sabía eran mas eficaces para adormecerlo. Al primer movimiento de mi mano atravesando su frente, se conoció que recibía la influencia; pero á pesar de que desplegué todo mi poder, no manifestó ningún otro efecto sensible hasta las diez y diez minutos, hora en que los médicos D.... y F.... llegaron á la casa. Les expliqué en pocas palabras mi designio, y como no hicieron objecion alguna diciendo que ya el paciente estaba en la agonía, continué sin vacilar, pero cambiando las *pasas* laterales en *pasas* longitudinales y concentrando toda mi mirada en las pupilas del moribundo.

Durante este tiempo el pulso se hizo imperceptible, y su respiracion trabajosa marcaba intervalos de medio minuto.

Este estado duró un cuarto de hora sin alteracion ninguna; al cabo de este periodo, un suspiro natural, horriblemente profundo, se exhaló del pecho del agonizante, y cesó la respiracion estertorosa, es decir, no se percibía ya el ronquido, pero sus intervalos no disminuían. Las extremidades del paciente estaban frias como el hielo.

Á las once menos cinco minutos percibí síntomas inequívocos de la influencia magnética. La vacilacion vidriosa del ojo se había cambiado en esa expresion penosa de mirada *hacia dentro* que solo se observa en los casos de sonambulismo, y que no puede confundirse con otra alguna: por medio de algunas rápidas *pasas* laterales hice palpar sus párpados como cuando nos abruma el sueño, y al cabo de muy poco, conseguí cerrarlos completamente. No me bastó esto, sin embargo, y continué mis ejercicios vigorosamente y con la mas intensa proyeccion de voluntad, hasta que hube del todo paralizado los miembros del durmiente despues de colocados en situacion cómoda al parecer. Las piernas estaban completamente estiradas, los brazos casi extendidos descansando sobre el lecho á corta distancia de las caderas, y la cabeza un poco elevada.

Cuando concluí de hacer todo esto, eran ya las doce dadas y rogué á aquellos Señores que examinaran á Valdemar: despues de hacer algunas investigaciones, reconocieron que se hallaba en un estado de catalepsia magnética extraordinariamente perfecta. La curiosidad de los médicos estaba sumamente excitada; el doctor D.... se decidió desde luego á pasar la noche á la cabecera del paciente, mientras que el doctor F.... se despidió para volver al rayar el alba; L.... y los criados se quedaron.

Dejamos completamente tranquilo al Sr. de Valdemar hasta las tres de la mañana, hora en que me aproximé á él y le encontré exactamente en el mismo estado que tenía á la salida del doctor F...., es decir, que se hallaba en la misma actitud; el pulso era imperceptible, la respiracion suave y apenas sensible, á no ser acercando un espejo á sus labios; los ojos estaban cerrados naturalmente, y los miembros tan rígidos y frios como si fueran de mármol. Sin embargo, el aspecto general no era de un cadáver.

Al acercarnos al Sr. Valdemar, hice una especie de semi-esfuerzo para que su brazo derecho siguiera al mio en los movimientos que describía suavemente sobre su persona. Cuando en otras ocasiones había ensayado con el paciente este experimento, nunca me había salido completamente bien, y no esperaba que esta vez saliese mejor; pero con gran sorpresa ví que su brazo se guió suavemente, aunque indicándolo poco, la direccion que el mio le trazaba, y entonces me determiné á ensayar un poco de conversacion.

— Valdemar, le dije, ¿dormís?

No respondió, pero ví estremecerse sus labios y hube de repetir la pregunta segunda y tercera vez: á la

tercera, todo su ser se agitó con ligero estremecimiento, los párpados se levantaron por sí mismos descubriendo una línea blanca del globo del ojo; movieronse lentamente los labios dejando escapar estas palabras en un murmullo apenas inteligible.

— Sí, ahora duermo. ¡No me despertéis! Dejadme morir así!

Toqué sus miembros y ví que continuaban rígidos, el brazo derecho seguía obedeciendo á la direccion de mi mano; volví á interrogar otra vez al sonámbulo.

— ¿Seguís sintiendo el dolor en el pecho, Valdemar?

La respuesta tardó algo y fué menos acentuada aún que la primera.

¿Dolor? — No — me muero.

No creí conveniente atormentarle mas por entonces, y nada mas se dijo ni se hizo hasta la llegada del doctor F.... que fué un poco antes de salir el sol, quedando muy admirado de encontrar aún en vida al paciente; despues de haberle tomado el pulso, y puesto un espejo á los labios, me rogó que le volviera á hablar: obedecí y le dije:

— ¿Valdemar, seguís durmiendo?

Lo mismo que anteriormente transcurrieron algunos minutos antes de que contestara, durante los cuales parecía que el moribundo reunía todas sus fuerzas para hablar. Al repetirle por cuarta vez mi pregunta, respondió débil pero inteligentemente:

Sí — duermo — me muero.

Fué entonces opinion y mas bien deseo de los médicos, el que se dejara al Sr. de Valdemar en aquel estado de calma aparente, sin turbarle, hasta que llegara la muerte, lo cual debía suceder (y en esto anduvieron unánimes) al cabo de cinco minutos. Sin embargo, me decidí á hablarle aún otra vez y para ello me limité á repetir la misma pregunta.

Mientras yo hablaba, se verificó un cambio muy notable en la fisonomía del sonámbulo; rodaron sus ojos en las órbitas, abriéndose los párpados lentamente: tomó la piel un color cadavérico, que mas se asemejaba al papel que al pergamino, y las dos rosetas éticas que hasta entonces se destacaban con mucha viveza en el centro de cada mejilla, se apagaron de repente. Me valgo de esta expresion, porque la rapidez con que desaparecieron solo es comparable con la de una bugía al darle un soplo. Al mismo tiempo subió el labio superior hasta por encima de los dientes, que antes estaban cubiertos, mientras la mandíbula inferior caía dando una sacudida que debió oírse, dejando ver la boca abierta y toda la lengua negra é hinchada. Presumo que todos los testigos estaban familiarizados con los horrores de un lecho de agonía, pero el aspecto del Sr. Valdemar era tan repugnante, que todos se apartaron de su cama.

Conozco que he llegado á un punto de mi narracion, en que el lector indignado se negará á darme crédito, pero mi deber es continuar.

Ya no había en Valdemar el menor síntoma de vitalidad, y persuadidos de que estaba muerto, le dejábamos á cargo de los criados, cuando se manifestó en su lengua un fuerte movimiento de vibracion que duró cosa de un minuto. Al cabo de este tiempo, brotó de entre las mandíbulas abiertas é inmóviles una voz tal, que sería locura tratar de describirla. Hay, sin embargo, dos ó tres epítetos que aproximadamente pudieran aplicársele: así puedo decir que su sonido era áspero, desgarrador, cavernoso; pero el horror de su conjunto era indefinible, porque nunca sonido alguno semejante ha bramado en oídos humanos. Habría, sin embargo, dos particularidades, que segun creí entonces y creo ahora, pueden tomarse como características de la entonacion, y dar alguna idea de su extrañeza extra-terrestre. En primer lugar, parecía que la voz llegaba á nuestros oídos, á los míos al menos, como si viniera de una distancia muy remota ó de algun abismo subterráneo; y en segundo, la impresion que me produjo (temo que ni conseguiré darme á entender) fué análoga á la manera con

[*] Movimientos de la mano del operador pasando á corta distancia del cuerpo del magnetizado: sería mejor decir, *pasos*, en nuestro idioma, si no tuviera esta voz una significacion tauromáquica.—N. del T.

que las materias glutinosas ó gelatinosas afectan al sentido del tacto.

He hablado de voz y sonido: quiero decir, que el sonido era una silabización clara, terrible, espantosamente clara. Valdemar hablaba sin duda para responder á la pregunta que momentos ántes le había dirigido, que era si continuaba durmiendo: entonces dijo:

— Sí — no — he dormido; pero ahora — ahora estoy muerto.

Ninguno de los que allí estaban trató de ocultar ni aun de disimular siquiera, el indescriptible, el estremecedor espanto que estas palabras, así pronunciadas, no podían menos de infundir. L... el estudiante se desmayó; los criados huyeron del aposento y fué imposible hacerles volver; en cuanto á mis propias impresiones, no intentaré siquiera expresarlas. Por espacio de mas de una hora nos ocupamos en silencio (nadie habló una palabra) en devolver á la vida á L...; apenas volvió en sí, emprendimos de nuevo nuestras investigaciones sobre el estado del Sr. Valdemar.

Había quedado enteramente lo mismo que acabo de describir, fuera de que ya el espejo no mostraba vestigio alguno de respiración. Una tentativa de sangría en el brazo no produjo resultado. Debo advertir también que ya este miembro no estaba sujeto á mi voluntad, pues en vano procuré hacerle seguir la dirección de mi mano. La única indicación real de la influencia magnética se manifestaba ahora en el movimiento vibratorio de la lengua; cada vez que dirigía una pregunta á Valdemar, parecía que intentaba responder; pero su volición no era bastante duradera. Parecía completamente insensible á las preguntas hechas por otras personas, á pesar de que intenté ponerle en relación magnética con cada una de las que allí estaban. Creo haber dicho ya todo lo necesario para que se comprenda cual era el estado del sonámbulo en este período; nos proporcionamos otros enfermeros, y á las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y de L....

Por la tarde volvimos todos á ver al paciente, que seguía en el mismo estado. Discutimos entonces acerca de la oportunidad y posibilidad de despertarlo; pero conocimos unánimemente que nada útil podía producir esto. Era evidente que hasta entonces la muerte, lo que comunmente se entiende con esta palabra, estaba detenida por la operación magnética, y nos parecía que con despertar á Valdemar solo se conseguiría determinar su último instante, ó cuando menos acelerar su descomposición.

Desde entonces hasta fines de la semana pasada (intervalo de unos siete meses) fui todos los días á casa del Sr. Valdemar en compañía de los médicos y de algunos amigos; durante este tiempo permaneció el sonámbulo exactamente tal como lo he descrito. La vigilancia de los enfermeros era continua.

El viernes pasado fué cuando por fin nos resolvimos á despertarle ó á procurar despertarle, y el resultado, tal vez deplorable de esta última tentativa, es lo que ha dado origen á tantas discusiones en los círculos privados y á tantos rumores, en los cuales no puedo menos de ver una credulidad popular injustificable.

Para sacar al Sr. de Valdemar de la catalepsia magnética, hice algunas de las *pasas* acostumbradas, que durante algun tiempo no dieron ningun resultado; el primer síntoma de volver en sí fué el descenso parcial de la pupila, y observamos, como cosa notable, que este fenómeno iba acompañado de un flujo muy abundante de un color amarillento que salía de entre los párpados, y tenía un olor acre y sumamente desagradable.

Me indicaron entonces que viera si podía como ántes influir en el brazo del paciente, pero lo ensayé sin conseguir nada. El Doctor T...., expresó el deseo de que yo preguntara, y lo hice de la manera siguiente:

— Valdemar ¿podeis explicarnos cuáles son ahora vuestras sensaciones ó deseos?

Inmediatamente volvieron á las mejillas las rosetas écticas, tembló ó mas bien rodó violentamente la lengua en la boca (á pesar de que las mandíbulas conti-

nuaban inmóviles) y al cabo de un rato brotó la misma horrible voz que ya he descrito.

— Por el amor de Dios! — pronto! — pronto! — hacedme dormir — ó si no, pronto! despertadme — pronto! — *repitió que estoy muerto!*

Yo estaba completamente enervado, y por espacio de un minuto estuve indeciso sobre lo que debía hacer; primero, quise calmar al paciente; pero como la total ausencia de mi voluntad no me permitía conseguirlo, hice lo contrario y me esforcé en despertarle lo mas pronto posible. No tardé en conocer que esta tentativa tendría un éxito completo (tal me figuré yo al menos) y estoy seguro de que todos los que estaban en el aposento esperaban ver despertar al sonámbulo.

Pero lo que en realidad sucedió, ningun ser humano pudo jamás esperarlo, porque excede á toda posibilidad.

Mientras yo hacía rápidamente las *pasas* magnéticas al través de los gritos de: muerto!; muerto! que hacían literalmente explosión en la lengua y no en los labios de Valdemar, todo su cuerpo, de repente y en menos de un minuto desapareció, se desmenuzó, se pudrió completamente entre mis manos. Solo quedaba en el lecho, á la vista de todos los testigos, una masa repugnante y semilíquida, una abominable putrefacción!

FIN.

LEONARDO EL COCHERO.

NOVELA EN SIETE VIAJES POR PARÍS.

CUARTO VIAJE.

Las dos viudas. — Napoleon iluminado. — Una cofia que cuesta un millon.

Leonardo cojió convulsivamente una silla que estaba cerca de él y la enarboló con jesto amenazador.

— En aquel momento, continuó Julieta, el fresno vino á socorrerme. Los dos hombres se detuvieron entonces y se echaron á reir viéndole andar; pero inmediatamente el trouco del árbol se abrió como un armario, y salieron cuatro soldados, muy hermosos, con uniformes galonados y grandes sables. Todos cuatro llevaban dormanes forrados de piel encima del uniforme, y de su cintura pendía una especie de bolsa de cuero....

— ¡Porta-pliegos! eran húsares; interrumpió Leonardo.

— Colocáronse en línea delante de mí y lo que mas me admiró, es que cada uno llevaba en la bolsa un número diferente.

— ¡Un número! exclamó la vieja, y mirando á su hijo no se atrevió á decir mas.

— ¡Cada uno el suyo! replicó Julieta.

— ¡Cada uno el suyo? repitió Mme. Toureau; ¿y luego?

— ¡Luego! A la vista de los soldados, los hombres barbudos huyeron y yo estaba fuera de todo riesgo cuando desperté.

Después de la narración de Julieta, la vieja permaneció pensativa.

— ¡Qué de tonterías se sueñan! exclamó Leonardo avergonzado de la emoción que había manifestado tan fuera de propósito, y sentándose en la silla que aún tenía en la mano maquinalmente.

Los tres almorzaron en familia, hablaron de cosas indiferentes y el sueño parecía olvidado. Sin embargo, debía tener sus consecuencias y ser causa de un gran cambio en la existencia de Leonardo y los suyos.

Al conducir á Julieta, no ya á la academia, sino al taller, la madre de Leonardo, después de mil próambulos y varios circunloquios, mas ó menos diestros, preguntó á Julieta:

— ¿El primero de los húsares que viste en sueños llevaba en el porta-pliegos el núm. 12?

— No, pero poco le faltaba; era el núm. 11; ¿por qué me lo preguntais?

— Por nada, por nada.... pensaba.... ¿Y el segundo? ¿el 36 tal vez?

— No, el 22; exactamente el doble del primero.

¡Oh! me acuerdo perfectamente. Todavía los veo en guarismos dorados, sobre un fondo negro de charol, que saltaba á los ojos.

— 11, 22, pensó la vieja, hé aquí un ambo. ¿Y el tercero?

— 31.

— ¡Bien! ¡ah! tienes muy buena memoria. ¿Estás segura de que no te engañas?

— Yo lo creo; no es muy difícil retenerlos, cuando se han visto.

Y la buena vieja volvió á decir entre sí:

— 11, 22, 31; exactamente tres números de la lotería; un terno, y seguramente mejor que el mío. ¡Oh! ¿por qué no has soñado antes? ¿No dices que había cuatro soldados?

— Sí; y el cuarto que era muy buen mozo tenía, á no dudarlo, el núm. 77.

La vieja se estremeció: tenía la cuaterna.

Después de dejar á Julieta, Mme. Toureau al dirigirse hacía el faubourg San Martín, mientras hacía su tarea en casa del dependiente de la casa de comercio, y durante el camino al volver á su casa, no hizo mas que decir entre dientes los bienaventurados números, la cuaterna predestinada, para grabarlos en la memoria. Y durante el día y durante la noche, que pasó sin dormir, por temor de olvidarlos al despertar; los números 11, 22, 31 y 77 fueron repetidos por ella un millón de veces con los labios y con el pensamiento.

Para fijarlos mas profundamente en su memoria los apellidaba á su manera, aplicándoles á cada uno de ellos la frase adicional é invariable con que Leonardo los acompañaba en el noble juego de la lotería: 11, las piernas del vecino; 22, los patitos; 31, día sin pan, de miseria en Prusia; 77 las dos horcas. ¡No podían ya olvidarse!

Sin embargo, había hecho juramento á su hijo de no volver á jugar á la lotería. Mme. Toureau no era mujer que faltase á ellos. ¡Pues, bien! por esta vez Leonardo jugaría por ella.

Al día siguiente, no sin nuevos preámbulos, no sin nuevas paráfrasis en espirales y mosaicos, la buena vieja se explicó con su hijo. Leonardo la hizo justas observaciones; esto era arriesgarse á volver á las andadas.

— ¡Pero no siendo yo quien juega! ¿Quiero yo acaso jugar? ¿No te he prometido no volver á hacerlo?

— Madre, cuando menos será dinero perdido, y no tenemos mucho.

— ¡Y si fuese dinero ganado! ¡un caudal! ¡y qué caudal! Escucha, hijo; un stieño es á veces un aviso del cielo, y los de Julieta deben venir de allá arriba. Es oro en harras; tengo confianza. Además nada nos costará; no hay que desembolsar un cuarto. Ahí tengo una medalla antigua del consulado, que era mi moneda de fortuna, y será una suerte más. El platero de enfrente me ha ofrecido dos francos por ella. Aquí está, corre, y vé pronto á la administración; no hay un momento que perder; mañana sale la lotería de París.

Cuando Leonardo volvió á la tarde, su madre, que estaba en gran conversacion con su vecina Mme. Lardernais, le hizo señas de no decir nada delante de ella, porque la pintora de estampas era de un carácter desprecupado, y no creía ni en sueños, ni en la lotería, y Mme. Toureau temía perder su estimacion dándole parte de sus esperanzas ó ser objeto de sus burlas si no tenía buen resultado. Sin embargo, llamó á su hijo aparte, y le preguntó si había jugado los números.

Está hecho, contestó Leonardo; y hasta he añadido un franco de mi bolsillo. ¿Estais contenta?

Apenas salió, cuando la buena mujer, por una de esas mil contrariedades naturales al corazón humano, no pudiendo resistir á los impulsos de la sola idea que la dominaba entonces, lo contó todo á su vecina, que en efecto se rió mucho de su credulidad.

Aquella noche Leonardo no volvió, porque le tocaba el servicio extraordinario.

A pesar de haber pasado en blanco la noche precedente, Mme. Toureau durmió muy poco; y durante los cortos instantes que se entregó al sueño, Julieta, que estaba acostada á su lado, la oyó agitarse, convulsivamente repetidas veces, gritando: 11, 22; ¡los patitos, las dos horcas! Sin embargo, al fin la naturaleza hizo valer sus derechos, y aunque la mañana estaba ya muy avanzada, la vieja, recobrando el tiempo perdido estaba aún sumergida en una profunda inmovilidad reparadora.

De repente llamaron á la puerta:

¿Quién está ahí? Preguntó Julieta que estaba ya levantada.

¡Soy yo! ¡soy yo! ¡abrid pronto! dijo una voz, la de la vecina.

La madre Toureau se despertó sobresaltada, se arrojó de la cama, y mientras se echaba un vestido con precipitacion, creyendo que estaba la casa ardiendo, Julieta abrió á madame Lardernais, que pálida, asustada, y temblando dijo dirigiéndose bruscamente á la viuda Toureau:

— ¿No me habeis dicho once?

— ¿Once qué? preguntó ésta como fuera de sí ¡ah! ¡11! ¡las piernas del vecino!... once... sí... ¿qué hay?

— Que ha salido.

— ¿De veras? ¿y el 22?

— ¡También ha salido!

— ¿Y el 31? ¿y el 77? preguntó la vieja casi sin aliento.

— ¡Todos han salido! ¡Tomad! ahora mismo acabo de comprar esta lista en la administracion de la calle de Montmartre.

— ¡Una cuaterna!

La casa parecía hundirse con la alegría de las tres dichosas criaturas, que se arrojaban en los brazos unas de otras llorando, que se miraban, se consultaban para asegurarse que no habían perdido el sentido; luego, después de un momento de silencio, se ponían á saltar, á gritar, á bailar, las dos viejas principalmente, porque la joven se asociaba á su alegría sin casi preguntar la causa.

— ¡Una cuaterna! ¡Un millon! repetían. Y Mme. Lardernais tiraba por alto su cofia, sin cuidarse de sus cabellos blancos que no se habían mostrado al público hacía mucho tiempo; mientras la económica Mme. Toureau para dominar los excesos demasiado violentos de su dicha, cojía su vagilla, sus muebles y los rompía todos.

En aquel momento se dejó oír una música en la calle y la puerta se abrió con cuidado; era Leonardo con una cara radiante y ocultando algo bajo los pliegues de su capote. Todos se arrojaron á él.

— ¿Qué teneis todas? exclamó protegiendo con sus brazos el paquete que traía; ¡los cabellos flotantes!... ¡la bajilla rota!... ¡acaso estais riñendo! oh! oh!

— ¿No lo sabes aún, hijo? ¿no has visto la lista? ¿Y la música no la oyes?

— ¿La música? Es un órgano que pasa ¿y qué?

— ¿Que la cuaterna... ha salido... ¡un millon! ¡Somos millonarios! ¡gracias á Julieta, á su sueño, á sus húsaes! ¡gracias á la lotería, en fin!

— Leonardo abrió los ojos extraordinariamente, sus facciones se contrajeron, y se puso pálido como la muerte.

— ¡Una cuaterna! ¿ha salido? ¿estais seguras?

— Toma, mira la lista.

— ¡Dios mío, Dios mío! exclamó al fin Leonardo con una voz desconsolada: ¡Una cuaterna!... ¡la lotería!... pero si no he jugado, madre.

Un triple grito se oyó.

— ¡No tengas tales chanzas, muchacho! dijo su madre medio enfadada, medio cariñosa, y con una risa forzada, ya ves que haces mal. ¡Oh! seguramente has jugado; tu me lo has dicho. Además, ¿qué tienes guardado bajo tu capa? ¿un saco de dinero sin duda! un gran saco lleno de oro... de billetes de banco; ¿es verdad? Veamos, veamos, no hagais sufrir mas tiempo ¿Acaso no te ví entrar en casa del platero á cambiar mi moneda? Tú has añadido por tu parte... ¿Era para jugar á la lotería?

— ¡Era para comprar esto! contestó Leonardo cuyas facciones habían pasado del color blanco al purpuro, y levantando su capote echó sobre la mesa un objeto cuidadosamente envuelto en un pliego grande de papel.

Este papel contenía una cofia para Julieta. Esta cofia había costado un millon.

QUINTO VIAJE.

El Inglés.— Metamorfosis.— Un lecho de muerte.

Nuestro amigo tardó algun tiempo en reponerse

de su sorpresa y aflicción, y no se consoló hasta que hubo ofrecido á su madre y á Julieta, no una compensación de lo que les había hecho perder, sino al menos alguna mejora en su condición. Para conseguir este objeto no le arredró la idea de enagenar su libertad, su libertad que le era tan querida, su vida indiferente é independiente en la calles de París, renunciando á sus lecturas, mientras estaba esperando parroquianos, ó sus conversaciones durante los viajes, dejó su cabriolé, su morada ambulante donde no le faltaban buenos encuentros, donde con suma facilidad tenía tantas ilusiones de felicidad; separóse de su caballo, de su caballo á quien quería como un árabe al suyo; de su caballo que por espacio de ocho años no había sido cuidado por otras manos sino por las suyas. Por Julieta hizo mayor sacrificio aún: consintió en no vivir bajo el mismo techo que ella y en verla pocas veces.

Un rico inglés habiendo oído hablar del carácter honroso al par que decidido de Leonardo, de su sobriedad, de su inteligencia, le había ofrecido tomarlo á su servicio en calidad de cochero, con un salario doble del que podía ganar anualmente con su cabriolé, á cuyo salario había que añadir las ventajas de darle casa, comida y ropa. Después de haber vacilado durante algún tiempo, Leonardo aceptó al fin, siempre pensando en Julieta.

Por espacio de dos años se sometió con resignación á su nueva ocupación que sin embargo, lo rebajaba algo en su propia estimación; porque decía: yo no tengo parroquianos, tengo un amo, estoy sentado en un pescante, no estoy en mi casa; el caruaje tiene dos caballos, cuatro ruedas, y por mas que quiera hacerme ilusiones sobre mi posición, estoy muy cerca de parecerme á un cochero de simon. La sola diferencia consiste en que conduzco un coche particular.

El tercer año especialmente le fué muy duro. Su milord permaneció ocho meses en el campo, y hasta el invierno no pudo Leonardo ver alguna que otra vez á Julieta y á su madre.

Aquella no era ya una niña: tenía quince años, era hermosa, sus formas se habían desarrollado con suma gracia, sus ojos eran negros y lánguidos, sus maneras dulces y graves á la vez; y una especie de indolencia en toda su persona le daba un encanto que no podría fácilmente esperarse de la pupila de un cochero de cabriolé.

Leonardo, á quien ocho meses de ausencia ponían en estado de juzgar por comparación de la metamorfosis experimentada por la linda jóven, al verla por primera vez á su vuelta, guiñó un ojo con malicia, hizo cierto ruido extraño con la lengua, peculiar á todos sus camaradas, y después de haberla abrazado tiernamente: ¡Caramba! señorita Julieta, ¡qué grande y que hermosa estais! dijo considerándola con atención; ya has acabado tu aprendizaje de dibujo, y preveo que pronto será menester que empieces otro, bajo la dirección de algún lindo jóven que sea tu marido; pero este aprendizaje no es el mas largo. De todos los oficios no hay uno que mas pronto se aprenda ni que mas tarde en olvidarse.

Y volviéndose hácia su madre, que en vano se esforzaba en hacerle comprender, por señas, que no continuase hablando en aquel tono y sobre aquel particular, añadió en una especie de contemplación y jugando con los dedos:

— ¡Caramba! ¡Caramba! ¡cuántos saludos van á llover sobre nosotros! Esto hará que estemos frescos y abanicados durante la canícula.

— ¡Vamos! ¡Calla! le dijo la buena mujer que veía que á pesar de todos sus esfuerzos, su pantomima quedaba sin comprenderse. Dime si es conveniente venir á hablar de casamiento á una muchacha de 15 años.

— Yo no hablo sino para dentro de un par de ellos, contestó Leonardo sin prestar atención á los nuevos signos telegráficos que le hacía su madre. A los 17 años una muchacha es ya una mujer; su corazón empieza á hablar y algunas veces mas de lo que se quiere.... Yo he conocido algunas, cuando tenía edad para ello.

Leonardo se detuvo de repente no por las señas que su madre le hacía, sino al ver que un ligero sonrosado cubría las mejillas de Julieta.

— ¡Todo eso es una tontería! dijo la vieja. Yo sostengo que una muchacha no debe pensar en casar-

se hasta la edad de 20 á 22 años.

— Escuchadme, madre, dijo Leonardo tomando un aire de predicador; desde la última revolución, las opiniones son libres; respeto las vuestras, y hasta las de las muchachas de 30 años que aún no están casadas, lo cual no atribuyo sino á gusto especial; pero permito á la nena que no las siga.

— ¡Yo? dijo Julieta interviniendo tímidamente en el debate; ¡oh! ¡Dios mío! ¡qué me importa! me casaré despues, si en esto os diere gusto. Solo hay una cosa que yo desee.

— ¿Cuál? preguntaron á la vez la madre y el hijo.

— ¡No dejaros nunca ni al uno ni al otro!

Dos gruesas lágrimas brillaron en los ojos de Leonardo. Julieta antes que él hubiese pensado en enjuagarlas, estaba en sus brazos, á los que atrajo á la buena vieja, y teniéndolos á ambos abrazados les dijo:

— ¿Dónde encontraré yo corazones parecidos á los vuestros? ¡Yo misma podré amar á nadie tanto como á vosotros! ¿A qué hablarme ya de separación? ¡No es bastante que por mí, por mí bien, hayais estado separados de nosotras tanto tiempo, Leonardo? Cuando pueda ya ganar dinero á mi vez, cuando sea permitido volver á vivir con nosotros como antes, será acaso cuando deba pensar en dejaros.

— Leonardo estaba sollozando.

— Así que Julieta se alejó, le dijo su madre:

— ¿Dónde te se había ido el juicio, que vienes á meterle semejantes ideas en la cabeza? ¿Qué sé yo? contestó Leonardo, entre enfadado y arrepentido, sentándose en la cama por sentirse fatigado con la dulce emoción que acababa de experimentar; era solamente por decir algo.

— No es por que yo trate de dejarle cumplir la cuarta parte de un siglo sin darle un marido, continuó madama Tourean, todo lo contrario. Pero ya ves muchacho, es menester no imbuir demasiado pronto á las jóvenes en esas ideas. Algunas veces bullen sordamente, fermentan sin saberlo ellas mismas, y las vuelve locas é incapaces de corrección. Tú sabes dirigir tus caballos, hijo mío, pero en cuanto á muchachas, creeme, no entiendes nada, absolutamente nada.

— De muchachas honradas, es posible, contestó Leonardo.

— Su madre continuó.

— Julieta nos es necesaria, nosotras la queremos... tú la amas ¿es verdad?

— ¡Oh! muchísimo; exclamó el buen cochero.

— ¡En cuanto llegue á dejarnos será un desconsuelo para ambos. Pues bien, dejadme á mí obrar, y si no contrariáis mis proyectos, se casará, y antes de mucho, de aquí á dos años, como tu mismo has dicho, sin que se vea obligada á dejarnos por eso.

— ¡Bah! dijo Leonardo; ¿qué medios habeis encontrado, madre? ¿á qué galan le habeis echado el ojo?

— A tí, muchacho.

— ¡Cómo! ¡quién! ¿yo?... ¿yo?

— Tú eres quien te casarás con ella.

— ¡Vamos! ¡queréis burlaros! exclamó Leonardo levantándose, y recorriendo la sala á pasos largos encogiéndose de hombros. ¡Casarme yo con la nena! ¡estais soñando, madre! ¿me querrá ella acaso? ¿por ventura no soy demasiado viejo?

— Yo sé lo que me digo, hijo, y no estoy soñando.... Mientras que tú has estado con tu milord en el campo, he estudiado el corazón de tu nena, como la llamas, y he preparado el camino; no es que yo la haya dicho nada de casamiento; pero la he hecho comprender con buen modo y á manera de conversacion, todo lo que te debe, y todo lo que vales. Ella está bien dispuesta, ¡vaya! ¿querrás creerlo? hasta en ese desgraciado asunto de la lotería te da la razon, diciendo que habia miles y cientos á apostar que la cuaterna no saldría, y que con lo que tú hiciste estabas seguro de traer siempre alguna cosa.... pero no hablemos mas de eso, porque te apesadumbra.... nosotras ya no pensamos en ello. Tanto le he dicho á Julieta, muchacho, que cuando supo que habia sido ella, y su educacion, y el deseo de proporcionarle una buena posición en el mundo, la causa de que hubieras hecho un servicio doble por las noches, de que hubieras consentido en renunciar á tus costumbres, á dejar á tu anciana madre; la pobre niña, no era reconocimiento lo que experimentaba, sino una adoración por tí... ¡Si supieras cómo me ha hablado de tí con lágrimas

en sus bellos ojos! ¡cómo, de día y de noche te nombra rogando á Dios! ¡si supieras cuán bueno, cuán hermoso te encuentra! Ella no quería creer que tenías 40 años; es verdad que yo la dije que no contabas mas que 37. En fin, este matrimonio se hará; se hará porque es idea mia, porque yo quiero, porque despues de mi muerte es menester que haya alguien que te consuele, que te ame.

Hasta entónces, Leonardo sólo había experimentado por Julieta el cariño de un padre por una hija, de un protector por su protegida. La amaba con exceso porque la había salvado, porque la había criado, porque le causaba orgullo verla tan inteligente, tan hermosa, crecer bajo su proteccion; porque por sí mismo de un carácter enérgico y apasionado, sólo había deramado la superabundancia del afecto que contenía su corazón en Julieta y en su madre. Jamás había pensado en ver en ella otra cosa sino su hija, su pupila, un objeto de sus pensamientos, de sus trabajos, un ídolo formado para adorarlo; pero pura y santamente.

Despues de las confianzas de su madre, Leonardo persistió aún algun tiempo en tratar como sueños los planes formados por esta; pero á pesar suyo, cada vez que veía á Julieta, este nuevo pensamiento que le habían hecho bullir en la cabeza sin haber entrado en ella enteramente, le asaltaba con violencia y modificaba, por mas que hacia, la naturaleza de sus relaciones con la linda jóven. Ya no se atrevía á mirarla con expresion demasiado viva, y apartaba los ojos de ella para hablarla; recibía sus caricias con embarazo, con turbacion, y se las devolvía con timidez. Su lenguaje no era el mismo; lo despojaba de su rudeza y hasta de su franqueza ordinaria, escogiendo las palabras al dirigirse á ella. No se presentaba delante de Julieta, en su propia casa, sino despues de haber cuidadosamente inspeccionado su vestido y organizado minuciosamente sus menores detalles; todo, decía, para hacer honor á su amada.

El que en otros tiempos espiaba con avidez la ocasion de pasar algunos instantes con su pupila, que se apartaba de su camino para verla en la ventana, se dirigía ahora á su casa con una especie de angustia; y si dejaba escapar alguna ocasion de ir, sentía en su corazón cierta alegría, como un triunfo; pero era una alegría amarga, un triunfo doloroso.

Leonardo luchaba en vano; lo que él creía evitar, lo veía en todas partes; el pensamiento que había deseñado, había llegado á ser una idea fija, y lentamente, gradualmente, á pesar de sus inútiles esfuerzos, sufría, poco á poco la extraña trasformacion del padre en amante.

Entretanto el invierno pasó sin que él quisiera confesarse á sí mismo la naturaleza de sus nuevas emociones, no atribuyendo la turbacion que sentía al ver á Julieta, sino á la falta de costumbre de verla diariamente como ántes. Los hábitos de familia se perdían; la ausencia había matado la familiaridad; pero decía entre sí: no nos amamos menos por eso, que es lo esencial.

Tenía razon, él no la amaba menos, la amaba tal vez mas; pero la amaba de otro modo.

¡Ah! caballero, me decía con una viva expresion de agonía, ¿quién hubiera podido adivinar el día que luchaba en medio del río entre la madre y la hija, sin saber en favor de quién había expuesto mi vida, que tenía á la derecha á la mujer que mas había amado en mi vida y á la izquierda á la que tanto había de amar despues? Sí, continuó con una voz ahogada, aquel día cuando el objeto de mis amorios de jóven perecía á mi lado, saqué del agua mi amor de la edad madura, mi verdadera pasion, mi desolacion para toda la vida. Beatriz se vengaba de mí por medio de su hija.

En la primavera Leonardo volvió al campo con su milord, y dejó á París en donde se encontraba tan mal y tan turbado, con mucho mas sentimiento que la vez anterior.

El pobre hombre atribuía la causa de esta rareza á que como iba envejeciendo no le agradaba la variacion de vida. Privado de la vista de Julieta durante el estío, concluyó por creer que la tranquilidad del campo, los árboles, las flores, el sol, le eran naturalmente antipáticos, y echaba de menos la gran ciudad, los altos palacios, las nieves y las nieblas, y los obstáculos que impiden el paso de los carruajes en las calles.

¡Enhorabuena! decía, en París hay algun mérito en ser un cochero hábil, es menester abrirse paso por entre la multitud, sin atropellar á nadie, ni á los niños, ni á los objetos expuestos al público á las puertas de las casas, es menester saber escurrirse diestramente entre un monton de piedras que amenazan romper las ruedas de vuestro carruaje, y un cabriolé que se obstina en disputaros el paso; es menester escapar de los omnibuses, de los carros cargados de muebles, de los del gas portátil, evitar los andamios de las obras sin subir por las aceras, y mantenerse durante los hielos al nivel de los mejores carruajes de los duques y pares.

¡Allí por lo menos se ejercita uno! Allí hay lucha y placer. Se siente uno estremecer al menor movimiento, oye el ruido de las ruedas.

¡Allí está la vida! Pero aquí en estos caminos llanos, de tierra y arena, no hay mas que ir derecho, sin ruido, sin obstáculos; ¡vaya! oficio de ciegos. Esto es gastarse, degradarse, morirse de vergüenza y de tedio.

Entónces el buen Leonardo echaba de menos su cabriolé y su caballo, sus fatigas, sus camaradas y hasta el vinillo de la barrera, al que sin embargo, había renunciado... renunciado... Se volvió triste, uraño, pendenciero, y despues un buen día, no pudiendo soportar mas, resolvió recobrar lo que llamaba su libertad, renunciar á la casa de campo del milord, para volver á su guardilla; dejar los magníficos caballos alemanes del inglés para conducir de nuevo una miserable jaca á la que quería aún mas; pero cuando se disponía á despedirse de su amo, vinieron á advertirle que éste le llamaba para un negocio importante.

—Leonardo, le dijo á éste, voy á emprender un viaje muy largo; pienso pasar á América, á Africa, al fin del mundo, ¿qué sé yo!.....

Segun este preámbulo, nuestro amigo previó que la licencia que venía á pedir para marcharse, se la iban á dar; ya se volvía á ver en París cerca de Julieta, y por uno de esos cambios súbitos del corazón que son mas fáciles de comprender que de explicar, esta idea le hizo estremecer, no de alegría, sino de miedo. En el momento decisivo, en el momento de volver para siempre á la gran ciudad, una súbita revelacion le decía, que Julieta era la sola causa de su vuelta.

—Yo no puedo llevar conmigo á todas mis gentes, continuó el inglés.

—¡Sí, la amo! se decía Leonardo en voz baja mientras el otro hablaba: pero ella, ¿cómo ha de quererme sino como á un padre? ¿Qué iré á hacer en París? Atormentarla? ¿hacerla desgraciada y sufrir mis suplicios á la vez?

—Ya comprendes, añadió su interlocutor, que en un viaje, y sobre todo en un viaje semejante, no se necesita un cochero.

—¿Qué lástima! pensaba Leonardo; tenía tan buen salario! ¿Ganaré bastante en París para poder mantener á mi madre y á Julieta con las comodidades á que las he acostumbrado, gracias á la generosidad de este buen amo á quien quería dejar? ¡Ah! ¡soy un ingrato, un egoísta!

—Pero si no necesito un cochero, continuó el inglés, me es indispensable un servidor fiel, valeroso, un hombre de confianza, en fin, que sea mi compañero mas bien que mi criado, que me haga llevadero el tedio del camino, que sea depositario del dinero y lleve las cuentas; que esté á mi lado si me amenaza algun peligro. Te conozco, Leonardo, eres un hombre honrado y de corazón; necesito tu probidad y tu valor; ¿quieres venir conmigo? apenas pronunció estas palabras, cuando Leonardo exclamó: ¡Iré! contentísimo de no ver cumplidos los votos que hacía pocos momentos ántes, y para no perder su entusiasmo, se ocupó inmediatamente en los preparativos del viaje.

Al ir á dejar la Francia, al alejarse de ella, al desterrarse quizás para siempre, su primer cuidado fué hacer sus arreglos para que su madre pudiera tomar el importe de su salario. El lord se encargó de ello, y aún aseguró, para el caso en que sucediera algun accidente á Leonardo, una pension á Mme. Toreau y á su hija adoptiva.

(Continuad.)

Establecimiento tipográfico de Gonzales.